

yándose en muletas y llevaban abrigos ya descoloridos. Afortunadamente las noticias mejoraron. El general Gallieni había requisado todos los automóviles públicos de París y en una noche había dispuesto en un punto de la línea de fuego a un gran número de combatientes cuya llegada no se esperaban los alemanes. La batalla del Marne se había ganado; el enemigo se retiraba; la amenaza sobre París se había desvanecido.

\*\*\*

Regresamos a París. Durante el invierno de 1914-1915 seguí trabajando en mis cuadros metafísicos, pero, naturalmente, debido al estado anormal, el movimiento, en cuanto a pintura, se había detenido. Por lo demás, la vida en París se había restablecido; los cafés estaban llenos de gente y las *boîtes* de Montmartre funcionaban regularmente; en estas *boîtes*, los *chansonniers*, entre una canción patriótico-sentimental donde se hablaba del *grand général* (que era Joffre) y otras canciones con las que se ridiculizaba a los *boches*, hacían alusiones frecuentes a Italia. *Que fera l'Italie?* ¿Qué harán los hijos de Maquiavelo? ¿Encontrarán la vía justa? Que, naturalmente, debía ser la de combatir junto a los aliados. Se predecía, con justicia por otra parte, la entrada en guerra de Italia para la primavera; un famoso *chansonnier* se quedaba afónico cada noche en una *boîte* gritando:

*¡Quand l'Italià va marcher  
avec les alleáta,  
a la Pacá, ou Trinitá  
Pacá ou Trinitá!*

Por mi parte siempre he pensado que los hijos de Maquiavelo habrían hecho mejor, tanto entonces como en el más reciente 1940, quedándose tranquilos y bien armados ocupándose de sus asuntos. En Italia todo empezará a ir mejor en todos los campos, pero sobre todo en arte y política, el día en el que los italianos decidan de una vez para siempre dejar de hacer el mono, el siervo y el provinciano, y dejar de arrodillarse ante todo lo que viene de fuera, y especialmente de París. Todo irá mejor el día en que se decidan a pensar y trabajar seriamente, a explotar a fondo sus posibilidades, sin tener en cuenta lo que se hace y sucede fuera de sus fronteras. Entonces, sólo entonces, los italianos empezarán también a ser *verdaderamente queridos por el resto*.

Fue precisamente en aquellos tiempos, hacia 1915, cuando empezó la decadencia artística y literaria de Italia. Hasta entonces, recuerdo, en Italia se mantenía todavía en todos los campos un cierto estilo. Había literatos, poetas, escritores: Carducci, Pascoli, d'Annunzio y otros menores, que por

mucho que puedan ofrecer puntos flacos a los flechazos de una cierta categoría de individuos, son auténticos colosos frente a los moluscos acéfalos que infectan hoy el campo de la poesía y de la literatura; y además eran hombres cultos, es más, incluso eruditos, que constantemente perfeccionaban su cultura y su erudición; eran trabajadores que pasaban días y noches enteros en sus mesas y no esos grandes vagos y analfabetos que son hoy los cultivadores de las musas y las letras; y además eran hombres que todavía tenían dignidad, eran hombres que se sentían orgullosos de ser italianos y juzgaban lo que se hacía fuera de Italia con equilibrio y sentido común, sin rencores insinceros ni hostilidad programada, como durante el fascismo, pero también sin blandenguerías ni locas pasiones, como ahora. En cambio ves hoy a nuestros intelectuales que en cuanto se pronuncian los nombres de Paul Valéry, de Claudel, de Gide, con sólo oír hablar de la *Nouvelle Revue Française*, de Picasso o de Cocteau, se orinan de la emoción en los pantalones y son presa de una especie de temblor en la mandíbula como si tuvieran un acceso de fiebre malaria.

Para dar una idea de qué grado puede alcanzar hoy en nuestros artistas la exterofilia o, mejor todavía, la exterolatría, bastaría con decir que hace algunos años uno de nuestros pintores había ido a París para sentir el aroma de esa ciudad imán y ver los originales de las «obras maestras» de Braque, de Matisse y de otros fabricantes de porquerías, en los santuarios de la *rue la Boétie*.

Un día en que nuestro pintor se encontraba en la capital francesa junto a un amigo italiano que vivía desde hacía muchos años en París, pasó precisamente por esta *rue de la Boétie*. Entonces, en un cierto momento, se encontraron a Picasso que pasaba por allí; el italiano de París, que conocía a Picasso, se detuvo para presentarle a su amigo al célebre pintor español; pero cuando nuestro pintor oyó el nombre de Picasso y entendió que ese señor que se había parado a hablar con ellos era justamente él, era el propio Picasso en carne y hueso, fue presa de una crisis de temblores y sacudidas nerviosas; abrió la boca, pero no pudo articular palabra: emitió un grito ronco, mientras la mandíbula le temblaba; había perdido el habla: *se había quedado mudo*. Cuando Picasso se fue y como nuestro pintor seguía emitiendo sonidos roncacos, temblando y sin poder hablar, su amigo, impresionado, lo tomó de un brazo y se lo llevó a la farmacia más cercana. Allí un médico que se encontraba en espera de clientes lo visitó, dijo que se trataba de una fuerte sacudida nerviosa, que probablemente era un sujeto muy emotivo (pero hoy en Italia hay legiones de emotivos de éstos), sin embargo añadió que la cosa no era grave; recetó un calmante de bromuro y de tintura de valeriana y aconsejó al enmudecido que volviera al hotel, se acostase y procurara dormir. Sólo por la noche de aquel día, hacia las diez, el pintor milanés recobró el habla y enton-

ces el amigo lo acompañó fuera, sujetándolo por el brazo como un convaleciente y lo condujo al *café du Dôme* a comer algo. «Pero, solía decir a continuación el señor que lo acompañó al *café du Dôme*, mientras estaba cenando yo estaba muy preocupado, porque me acordé de que Picasso, de cuando en cuando, se dejaba caer por Montparnasse por la noche y que iba precisamente al *café du Dôme*, y temía que si mi amigo lo volvía a ver otra vez volviese a quedarse mudo y esta vez para el resto de su vida».

Éstos son los sucesos que en tiempos de Carnovali y también en los de Previati, es decir, en los tiempos en los que los pintores italianos aún sabían sujetar un pincel en la mano y tenían un poco de juicio y un poco de orgullo en el espíritu, no sucedían.

Mucho contribuyeron a provocar esta exterolatría, con la consiguiente decadencia de toda seriedad y de toda dignidad artística e intelectual, dos hombres: Giovanni Papini y Ardengo Soffici, que todavía hoy son considerados por muchos como los «precursores» del espíritu nuevo, como hombres que han dado a conocer en Italia los misterios del espíritu moderno francés, que han purificado el aire, que han abierto camino a las nuevas ideas y tantas otras tonterías de las que hoy se sufren las extremas consecuencias y para cuya cura serán necesarios largos años de auténtica inteligencia, de gran seriedad y de obstinado trabajo.

Pero volvamos a los recuerdos de París. Mientras tanto en París, en aquellos momentos, amigos y conocidos iban desapareciendo uno tras otro, englutidos por la guerra. Apollinaire se había precipitado a enrolarse, pero lo hizo no tanto por amor a Francia, como muchos creen ingenuamente, sino porque tenía orígenes muy confusos y oscuros: era de origen polaco, es decir, su madre era polaca, pero había nacido en Italia, en Roma; parece que su padre era italiano; había pasado la niñez en el principado de Mónaco y la juventud en Alemania; finalmente se había establecido en París. Anhelaba por tanto pertenecer a un país, a una raza, tener un pasaporte en regla. Y una cosa que sienten muchos; muchos sienten esa especie de pudor y de vergüenza por haber nacido en un país mientras tienen la nacionalidad de otro, en suma, de no ser por ejemplo italianos nacidos en Italia de padres italianos, o franceses nacidos en Francia de padres franceses. Muchos tienen este pudor y también yo lo he tenido e ingenuamente entonces pensé que presentándome a la llamada de las armas para cumplir, como se suele decir, el propio deber, habría cambiado algo el estado de las cosas. Hoy no cometería esta ingenuidad.

Apollinaire murió el día del armisticio, por tanto fue inútil para él el gesto de combatir e inmolarse por Francia, pero aunque hubiera vivido convirtiéndose en ciudadano francés, con todos los documentos en regla y la reputación del excombatiente, habría sido igualmente inútil, porque el hecho de haber nacido en Roma, de madre polaca y padre italiano, de haber vivido

un poco en Mónaco, un poco en Alemania y luego en Francia, ese hecho, digo, habría permanecido, y nada lo habría podido borrar.

Alentado por el mismo impulso que indujo a Apollinaire a enrolarse en el ejército francés, yo y mi hermano partimos para Florencia para presentarnos en el distrito militar en el que estábamos inscritos.

### Giorgio de Chirico

*Introducción y traducción de Maite Méndez Baiges.*



Giorgio de Chirico: *Autorretrato con su hermano* (1924).